

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL PARTIDO POPULAR Y PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL SEMINARIO *UNA APORTACIÓN AL FUTURO DE EUROPA*, ORGANIZADO POR EL PPE

Madrid, 11 de abril de 2003

Querido Wilfried, querido Alain, y queridos amigas y amigos que nos acompañáis, muchas gracias por acudir a esta reunión primera hablando del futuro institucional de Europa y, además, una reunión donde el Partido Popular de España aprovecha para presentar a sus colegas y amigos europeos nuestras iniciativas y nuestras aportaciones a los debates de la Convención.

Yo quisiera también, como ha hecho Wilfried y como ha hecho Alain, plantear simplemente algunas cuestiones, cuestiones que evidentemente no pueden ser muy distintas de las contenidas en los documentos del Partido Popular Europeo, y del Partido Popular también, sino que coinciden sustancialmente y estamos básicamente en ello.

Yo creo y nosotros creemos que la Unión Europea es y tiene voluntad de ser, y que tienen que seguir siendo, una unión cada vez más estrecha de Estados y de naciones de Europa, y, al mismo tiempo, cada vez más una unión creciente de sus ciudadanos. Esa doble legitimidad democrática es clave, en mi opinión, para resistir una doble tentación: por un lado, la tentación de la uniformidad y, por otro lado, la tentación de la explosión o la dispersión en pequeños Estados, en

pequeños territorios, tal vez satisfechos de su historia pasada, tal vez satisfechos de su bienestar, pero incapaces de construir un proyecto en común, un proyecto europeo común para el futuro.

Yo creo que el compromiso que debe asumir el Partido Popular Europeo es el de presentar en la Convención las propuestas posibles, razonables, para los ciudadanos europeos, y saber organizar la diferencia al tiempo que sabemos que la unidad es la clave para llegar a una Europa de carácter continental. La Unión Europea tiene una base también en las diferencias y organizar bien las diferencias es básico para mantener la unidad.

Otra invitación que yo quiero dirigir a todos los presentes es a dejar en segundo plano las preocupaciones sobre la identidad de Europa. Las raíces históricas importan e importan mucho, pero la Unión Europea tiene que tener siempre un carácter inclusivo, no excluyente; por tanto, no se debe apelar a ninguna identidad con carácter excluyente. Creo que los derechos fundamentales y la democracia son las señas de identidad de la Unión y creo que justamente esa libertad, esa democracia, el respeto a los derechos humanos, a las libertades fundamentales, al Estado de Derecho, la tradición constitucional es la mejor tradición europea y en eso tiene que basarse esencialmente nuestra identidad.

No caigamos, por lo tanto, en ninguna exclusión de cara al futuro, sino que manifestemos claramente los valores, los mejores valores, de la historia de Europa, los mejores valores que forman la tradición constitucional europea.

La siguiente cuestión que yo quisiera comentar con rapidez es que nosotros siempre hemos pensado que la Unión Europea no es sólo un mercado común y no debe ser sólo un mercado común. Ahora bien, quiere decir que tenemos que ser al mismo tiempo conscientes, y más en estos momentos, de que sin un crecimiento sostenido la Unión terminaría siendo una utopía empobrecedora y absolutamente decadente.

Tenemos que ser realistas porque los ciudadanos también lo son y porque actuamos gracias a los recursos de los ciudadanos; pero yo quiero decir que, en mi opinión, aquí está uno de los retos políticos más importantes de Europa. Creo que hay dirigentes europeos que no valoran suficientemente el hecho de que, si Europa quiere ganar en potencia, en respetabilidad internacional, en credibilidad y en posibilidades de actuación, cuantos más esfuerzos dedique a mejorar la economía europea, a tener más crecimiento, más pujanza económica, más posibilidades tendrá de afrontar el futuro desde una posición, sin duda, de actor prioritario en la política internacional. Cuantos más esfuerzos dediquemos a intentar construir otras políticas descuidando el factor básico económico, menos posibilidades tenemos de ser un actor básico en la escena internacional.

En los últimos diez años hemos avanzado mucho en la eliminación de barreras, hemos creado el mercado único europeo; pero tenemos que seguir avanzando en eso, tenemos que avanzar en un mercado de servicios financieros único, tenemos que hacer la política de defensa de la competencia adecuada a realidades del mundo globalizado, etc., etc., y tenemos que ser conscientes de que tenemos muchas cosas por hacer en los sistemas educativos, en el mercado de trabajo, en la energía, en la prestación de servicios y en otras cuestiones.

El mercado interior para mí es una obra genuinamente europeísta, es mucho más que una mera etapa de la construcción europea, y en su desarrollo y en la fortaleza económica de Europa nos jugamos una gran parte de nuestras posibilidades de futuro.

Creo que algunos debates políticos europeos no tienen el soporte de la realidad y el soporte de la realidad es la imperiosa necesidad que tiene Europa de crecer más para que eso le dé posibilidades de acción en la escena mundial.

Creo que la opción responsable y razonable del gobierno económico al que se refería Alain es que eso sea competencia de los Estados miembros, lo cual no quiere decir que, para frenar acciones unilaterales o para eventuales crisis

asimétricas y contrarias a los intereses de la Unión, la Convención no deba establecer instrumentos de coordinación de determinadas políticas.

Y creo que podemos estar de acuerdo en que nuestro objetivo económico y social debe ser el pleno empleo, integrando la política social en los grandes objetivos de política económica. Aquí sí quiero decir claramente también que, aunque el Pacto de Estabilidad no se incorpore a los Tratados, sí, en mi opinión, deberían quedar recogidos a nivel constitucional los principios en los cuales se sustenta el Pacto de Estabilidad. A una Europa sin crecimiento, a una Europa con tendencia al estancamiento o a la recesión, si además de eso se le ponen en cuestión elementos básicos de economía sana, corremos todavía más riesgos de cara al futuro.

Después de la crisis de Iraq creo que todos debemos estar de acuerdo en revalorizar la presencia de la Unión en el escenario internacional. Yo he dicho que eso tiene un contenido económico muy fuerte, sin duda ninguna, y tiene también contenidos de decisión interna muy importantes que se trataron en el Consejo Europeo de Sevilla y que se refieren a nuestras actuaciones, al Consejo Europeo, al Consejo de Asuntos Generales, etc., etc. Sobre eso tenemos que seguir trabajando de una manera muy clara.

La otra cuestión que quería hablarles es la relación atlántica, que también ha sido glosada. Yo creo que la relación atlántica es una tarea de todos, no es una tarea aislada. Hoy las islas ya no están aisladas, hoy las islas son geográficamente y políticamente otra cuestión. Hay islas, evidentemente, e islas muy importantes. Por ejemplo, las islas británicas son muy importantes, pero las islas británicas están unidas ya por un túnel con el continente, exactamente por Francia. Hay otras islas importantes, por ejemplo las Islas Azores son importantes, y hay otras islas que forman parte también de Europa, desde el punto de vista de regiones ultraperiféricas: las Islas Canarias, qué sé yo, muchas islas, las islas francesas, las Islas Mauricio, todas esas... Todo eso es importante.

Yo creo que la tarea de enlazar América del Norte y Europa es una tarea continental, para que se englobe todo; es una tarea de todos, es una tarea continental. Siempre ha sido una tarea continental y, en mi opinión, en el momento actual una de las tareas más importantes que tenemos, junto con la mencionada de Oriente Medio, es justamente ocuparnos de la relación atlántica para la política exterior europea de comienzos del siglo XXI.

Todos tenemos que tener la preocupación de que esas relaciones sean unas relaciones fuertes, pero que no sean unas relaciones estrechas y privilegiadas sólo para unos Estados singularizados por razón de su historia en común, sino para la inmensa mayoría de los países que componen la Unión Europea. Es decir, esas relaciones no deben reducirse a una, dos, tres u ocho naciones, sino que deben ser una tarea continental.

Estoy absolutamente seguro de que no habrá nadie sensato y razonable en la Unión Europea que no desee conservar entre ambas orillas del Atlántico, al menos, la cordial relación que ha mediado entre Europa y América del Norte en el siglo XX; al menos, esa relación. Y creo que sólo una minoría muy miope, que es posible que exista, y sin duda existe, y en España existe, y además lo han dicho, puede decir que la solidaridad atlántica es ahora la última de las prioridades para un dirigente europeo. Yo creo que, al contrario, tiene que ser la primera de las prioridades para un dirigente europeo, junto con otras cuestiones, como son las cuestiones de Oriente Medio a las que me he referido.

Dicho esto, me parece absolutamente indudable que necesitamos más Europa en política exterior y en defensa; que tenemos que dejar bien claro que nuestra responsabilidad en política exterior, de defensa y de seguridad va más allá de las llamadas misiones “Petersberg”; que tenemos que asumir responsabilidades claras en la lucha contra el terrorismo y contra las armas de destrucción masiva, y que las decisiones deben ser tomadas, por regla general, por mayoría cualificada atemperada, sin duda, por los mecanismos que se estimulen de

abstención constructiva, de frenos de emergencia o lo que se quiera. Que ningún Estado miembro pueda quedar en minoría cuando vea intereses vitales afectados.

Creo que las cooperaciones reforzadas son el camino adecuado para actuar dentro de estos ámbitos y que eso permitiría que los Estados miembros del Tratado de Bruselas de la UEO transfiriesen compromisos de defensa mutua a la Unión Europea, que fuera viable también una Agencia Europea de Armamentos y que fuese posible trabajar sobre bases reales en la construcción de una política de seguridad.

Otra de las cosas que quería comentarles yo esta mañana es que estoy convencido de que la vida sigue después de la crisis de Iraq, estoy absolutamente convencido de ello. Había vida antes de la crisis de Iraq y habrá vida después de la crisis de Iraq, y espero que sea una vida mejor. A algunos les puede parecer imposible. Algunos extremistas, algunos radicales, preferirían que el largo conflicto siguiese, que hubiese un largo conflicto, que siguiese el conflicto. Lo siento, pero no han tenido razón. Esos radicales y esos extremistas, para bien de todos, no han tenido razón.

Pero, sin duda, ahora, después de la situación de post crisis en Iraq, existen para la sociedad civil europea retos, problemas y preocupaciones que tenemos que abordar y que nos exigen también a nosotros profundizar en el Espacio de Libertad, de Seguridad y de Justicia. Hemos hecho muchos esfuerzos por construir ese Espacio Europeo, hemos encontrado una gran acogida en las instituciones de la Unión y yo creo que el Tratado debe consagrar como principio constitucional, por ejemplo, el reconocimiento mutuo de las decisiones judiciales. Eso es un modo de construir Europa sobre hechos reales.

Otra preocupación compartida es que tengamos una política común de inmigración y necesitamos contar para ello con una base legal explícita en el Tratado. Hoy día España y Alemania son los dos países europeos que soportan una mayor presión inmigratoria, y los "países-frontera" tenemos que insistir en el reconocimiento y la necesidad de una responsabilidad compartida en el control

de estas políticas. Esa responsabilidad, en mi opinión, debe extenderse también a países terceros y por eso nosotros propusimos acuerdos con cláusulas de cooperación en materia inmigratoria porque, sin duda, es absolutamente necesario tener esa política inmigratoria común, pero al mismo tiempo darle un sentido de globalidad. No solamente nos afecta a nosotros, sino afecta también a otros y hay que plantearlo de esa manera.

Creo que el Partido Popular Europeo, y yo lo comparto, quiere que Europa actúe en adelante sin el requisito de la unanimidad como regla general para tomar decisiones. Creo que el reconocimiento de la codecisión como procedimiento ordinario y creo que también la extensión de la mayoría cualificada tienen que ser la regla fundamental.

Y quiero también hacer una última reflexión sobre la arquitectura de la Unión y ese supuesto debate entre federalistas e intergubernamentalistas. Yo sé que en los tópicos que forman la política europea, si uno quiere quedar bien, tiene que declararse federalista y si uno tiene que ser dudoso, tiene que declararse lo que quiera.

En todo caso, yo creo que la rapidez de los progresos obtenidos, tanto en la integración, como en la ampliación, nos demandan cambios institucionales importantes. Ahora bien, me gustaría que el Partido Popular Europeo, sinceramente, propusiera y consiguiera que los demás grupos políticos parlamentarios estén convencidos de que en Europa no hacen falta más instituciones, sino que lo que hacen falta son instituciones más fuertes y eficaces; que lo que tenemos que mantener es el equilibrio entre las instituciones básicas y que tenemos que alejarnos de la tentación de construir un Estado europeo uniformado, que será absolutamente imposible.

En mi opinión, en esas circunstancias es lógico que el Consejo Europeo siga siendo el vértice político de las instituciones y que se salvaguarde el equilibrio

entre ellas, con la responsabilidad de impulsar las líneas de integración y con la responsabilidad de orientar las políticas estables.

No me parece posible, y esto para mí tampoco es un debate entre países grandes y países llamados pequeños, que el Consejo siga funcionando como viene funcionando hasta ahora. No es posible. Yo creo que el Consejo necesita una Presidencia, que esa Presidencia debe colaborar con las Presidencias ministeriales, que debe tener el compromiso de distintos Estados que le ayuden, que debe tener un principio de actuación en el exterior, que debe también informar al Parlamento Europeo sobre los trabajos del Consejo, que debe respetarse la igualdad de los Estados miembros; pero es imposible que el Consejo Europeo trabaje y funcione en las condiciones y en las circunstancias actuales.

Soy muy partidario de que la Comisión mantenga sus poderes y los vea reforzados con la política de seguridad y la política de interior. Y creo que justamente los momentos de más dificultad son los momentos en los que aparecen más oportunidades y en este momento Europa, los dirigentes europeos, tenemos una oportunidad: una oportunidad de hablar de estas cosas, una oportunidad de llegar a buenas conclusiones en la Convención, una buena oportunidad de hacer las reflexiones y extraer todas las consecuencias de lo que ha pasado en los últimos meses en Europa, una reflexión sincera sobre las necesidades de reforma europea. Para eso es bueno partir de una convicción: la convicción de que tenemos que construir Europa.

Alain Juppé decía que no nos poníamos en interrogante el futuro de Europa. Nosotros tenemos una profunda convicción europea y creemos que, sobre bases reales, hay bases más que posibles para hacer una sólida construcción europea en la que estemos todos y sea una entidad con fuerza y con capacidad de decisión en el mundo. Ojalá sea así y ojalá lo podamos conseguir. La aportación española irá claramente en ese camino.

A todos ustedes gracias reiteradas por su presencia aquí esta mañana.